

Nicasio. — Tenemos que hablar muy despacio. Pero no aquí, porque los matorrales oyen y me parece que hemos hablado demasiado.

— Vamos á donde quieras.

Recogió Nicasio el azadón, echósele al hombro y salió del patatar á la carretera seguido de su ángel malo.

Este le siguió, anudándose el pañizuelo á la barba.

Anduvieron poco más de un kilómetro sin cruzar una sola palabra, sin cambiar una mirada siquiera. Por fin entraron en la calle Real.

En la puerta del tenderete estaba leyendo el tío Todo.

— ¡Hola, señor Joaquín! — dijo adelantándose Salustiana. — Échenos usted dos copas de aguardiente.

— No quiero aguardiente — dijo con el ceño fruncido Nicasio.

— Pues déle usted vino blanco. ¿Qué le parece á usted, tío Todo, tienen ó no tienen razón las malas lenguas?

— Todo es una basura, mayormente — contestó el industrial.

— Cabales — dijo el del canalillo.

■■■■■■■■■■

XI

CONVERSACIÓN DE UN PENITENTE, UN NIÑO Y UN LOCO

No. Ya no era amor lo que César sentía. Era horror de sí mismo, aborrecimiento á toda mujer; afán insaciable de lo eterno. Su culpa le parecía abominable; hubiera querido despojarse de la carne que le cubría para convertirse en algo inmaterial, puro, incapaz de mancharse al contacto de las cosas terrenas. Era un verdadero delirio el que sentía, que hacía tomar plasticidad á todas las entelequias y atracciones; una sed rabiosa de virtud sin esperanza de recompensa; anhelaba ser perfecto, por serlo; *virtutis præmium, est ipsa virtus*. En esta máxima de Zenón estaba compendiada su extraña moral.

El ayuno, la mortificación, habían dejado en su cara huellas muy hondas; en los músculos de su fisonomía se veían esas depresiones violentas que

señalan la perturbación funcional de los grandes órganos, quizá la lesión que nunca se cura. El infeliz asceta nada sentía, sino el pesar intensísimo, la insoportable agonía de vivir.

Todas las tardes bajaba á la huerta y allí, como si estuviera en el yermo, cubierto con una estameña rojiza, tomaba en sus nervudas manos un pico y cavaba, cavaba sin cesar, removía la tierra seca y estéril, como si quisiera buscar en sus entrañas el misterio insondable de la creación, misterio que, una vez entrevisto, atormenta cual el tesoro de los Niebelungos.

Rendido, extenuado, sentóse aquella tarde en la tierra removida por él. Iba á hacerse de noche y el cielo tomaba tintes extraños. ¡Morir! Era su única aspiración. Pero ¿cuándo? Y, después de la muerte ¿seguiría sintiendo las mismas ansias? ¿No sería la muerte el sueño de Hamlet? Porque él ya no quería salvarse para amar, sino para vivir sin sexo, para elevarse sobre toda determinación y no sentir aquella sangre que le abrasaba ni aquel hervor de vida que le parecía la suprema y despreciable culpa.

Y entonces fué cuando apareció Nila: alta, pálida, con su mirada vaga y su vestido negro sobre el cual se desparramaban los cabellos en revueltos mechones. Y no venía sola, sino que la acompañaba Benita, la pequeña de Juanillo el herrero. ¿Cómo había venido? Como llegan los

pájaros: corriendo, aleteando, cayendo y estallando en palmoteos y risas. Muchas tardes aparecía allí sin saber por qué y desaparecía sin saber cómo. La herrería estaba muy cerca y la niña entraba en la huerta á comer fresas é higos que le daba la loca y á rodar por el suelo con todo el candor y la ingenuidad adorable de sus tres años.

Y aquellos tres seres ingenuos no se saludaban siquiera, pero se veían y hablaban solos en alta voz. Los tres vivían sin fijarse en lo que les rodeaba, absortos en sus ideas ó instintos. El asceta, la niña y la loca, expresaban sus pensamientos incoherentes á borbotones y, á lo mejor, se separaban, como si no existieran los unos para los otros. Y se iban acostumbrando á aquella sociedad tan extraña, tan nueva, tan desprovista de razón que, por eso mismo, se les antojaba tan propia de sus naturalezas salvajes.

Oigamos.

LA LOCA. Anochece. Pronto cantará el cárabo. Arriba, muy arriba, en aquella nube morada; allí está y parece que abre las alas negras.

LA NIÑA. ¿Dónde está el pipi?

EL PENITENTE. Todo está en todo. Lo que vemos son nuestras propias ideas, lo que el afán nos pinta, lo que nuestra pasión nos finge. ¡Ay, qué somos pequeños!

LA NIÑA. Yo no *sono* *peteña*. Yo *sono* *gane*.

LA LOCA. Es grande. Todos los niños son muy grandes. ¿No sabe, señor?

EL PENITENTE. No lo sé... Déjame, chiquilla.

LA NIÑA. No *tero*. Dí que *sono gane*.

EL PENITENTE. Sí: eres grande; porque eres el pecado en promesa. Eres la mujer.

LA NIÑA. ¡*Sono gane!*

LA LOCA. ¡Es más grande el pájaro nocturno que canta á lo lejos! ¡Es más grande el gemido de aquel niño que nadie ve y llora en la Zanja!

EL PENITENTE. Ninguno es grande sino Dios, que permite la culpa y da el remordimiento. ¡Señor, Señor! ¡Feliz quien alcanza vuestra divina misericordia! (*Se postra*).

LA NIÑA (*á la loca*). ¿*Po té se adodilla?*

LA LOCA. Porque reza á Dios. ¿No sabes quién es Dios?

LA NIÑA. No *sepo*.

EL PENITENTE. Dios es El que es.

LA NIÑA (*comiéndose un higo*). ¿Y qué *tere?*

EL PENITENTE. Que seamos castos.

LA LOCA. ¡No! Quiere que tengamos hijos y no los abandonemos.

EL PENITENTE. Locura es querer á lo que muere tan presto; vanidad amar lo que tan pronto se pasa. Solamente el espíritu es inmortal; la miserable carne es polvo. Yo quiero desligarme de esta vestidura perecedera, que sólo es podredumbre. ¡Yo quiero tu gloria, Señor!

LA LOCA. ¡Yo quiero encontrar á mi hijo; ser madre y mujer! ¡Yo quiero que el pájaro no cante y el niño no lllore!

LA NIÑA. ¡Yo *tero* fresas!

EL PENITENTE. Frente al espíritu la carne. Sobre ambas la vida. ¿Será la vida el supremo culto?

LA LOCA. Viva y calle.

EL PENITENTE. Tú tienes padre y ese hombre pobre, humillado por todos, es feliz. ¿Qué hace tu padre?

LA NIÑA. Trabaja.

EL PENITENTE. ¡Ah, sí! Trabajar para agotar el cerebro y rendir el músculo, y acallar la carne que grita y vencer al demonio que ruge. (*Toma el pico*.) Yo también quiero trabajar hasta desfallecer. (*Cava la tierra*.) Sí: trabajar para aniquilar el miserable cuerpo.

LA LOCA. No sirve cavar si no se siembra. El trabajo sólo es bueno cuando produce.

EL PENITENTE. (*Tira el pico*.) Es verdad. El mío es infecundo. ¡La infecundidad siempre!

LA LOCA. Ha cerrado la noche. Las estrellas parecen ojos llorosos que parpadean. ¡Qué grande es el cielo! ¿Estará mi hijo allí?

EL PENITENTE. Allí está: porque aquella es la alfombra luminosa del Eterno.

LA NIÑA. ¡Mira, mira, humo! ¿Qué es?

EL PENITENTE. Es una nebulosa. Es un río de

mundos creados con un soplo del que todo lo puede.

LA LOCA. Es jugo del pecho de una madre.

EL PENITENTE. Sobre ese polvo argénteo se ciernen los ángeles.

LA NIÑA. ¡Yo *tero uno ange!*

LA LOCA. ¿Para qué?

LA NIÑA. Para ser su mamá y *dále tetita.*

EL PENITENTE. ¡El instinto siempre! Y yo mismo, miserable de mí, ¿no le siento acaso arder en mis venas? ¿Experimentaron los solitarios todas estas angustias? ¿Habré equivocado el camino y serán cien veces mejores que yo esos hombres que no analizan, ni inquietan, pero viven y crean? ¿Irán más acertados los miserables que ni siquiera rezan y no ven más fulgor que el de la chispa que salta en el yunque? Niña, ven. Ven aquí y dime: ¿tu madre es buena ó mala?

LA NIÑA. *Mena.*

EL PENITENTE. ¿Y tu padre?

LA NIÑA. *Meno.*

EL PENITENTE. ¿Y yo?

LA NIÑA CONFUSA. *No sabo.*

LA LOCA. Yo soy mala; muy mala. Y tengo miedo de esta noche tan grande. ¡Ya le oigo llorar! Adiós, adiós. ¡Me llama! (*Huye.*)

LA NIÑA. *Yébame á tasa.*

EL PENITENTE. ¿Qué te lleve á casa? ¿también tú tienes miedo, Benita?

LA NIÑA. Sí. *Teno medo.*

EL PENITENTE. ¿Miedo de qué? Tú no puedes tener miedo de nada. Ni de la Naturaleza que te sonrío, ni de los hombres que te acarician, ni de las brisas que olean tu cándida frente, ni siquiera de tu conciencia que aun duerme sin lanzar su primer vagido. ¿De qué tienes miedo, tú, corazón?

LA NIÑA. De que no veo.

EL PENITENTE. Es cierto: todo lo temeroso se envuelve en sombras, desde la víbora hasta la culpa. A todo delito precede una noche cuyo crepúsculo está en los montes ó en la conciencia del criminal.

NICANOR (*entrando en el cercado*). ¡Benita! ¿Estás ahí?

BENITA (*corriendo á sus brazos*). ¡Sí, Tanor!

CÉSAR. ¿Qué ocurre?

NICANOR. Señor cura; vístase usted ahora mismo. Un hombre ha sido herido gravemente en la carretera y quiere que le oiga usted en confesión antes de morir.

■■■■■■■■■■

XII

LA FUENTE QUE HABLA Y EL PÁJARO QUE CANTA

Es el camino que une el lugar de Torreparda con la más rica y poblada villa de Hontanera y la más cercana estación del ferrocarril, no un arenal blancuzco y polvoriento como suelen serlo las carreteras de Castilla, sino un verdadero paseo de álamos, encinas, robles y olivos. Desde la estación hasta más allá del noveno kilómetro, los olivares y las viñas se extienden á ambos lados del camino en todo el espacio á que la vista puede alcanzar. Después, y durante los otros siete que faltan para llegar á la aldea, la proximidad del río bordeado de grandes alamedas y la contigüidad de espesos y bien poblados montes, expropiados á ambos ayuntamientos con la oportunidad necesaria á librarles de su furor devastador y vandálico, hacen que la jornada parezca corta á los viajeros

más fatigados, aun en los más calurosos días de la canícula.

De noche, el espectáculo es imponente y agradable, cual lo es el de toda floresta exuberante. Como la vista no puede apreciar bien las distancias, parecen los objetos mucho mayores de lo que son en realidad. Así un insecto que pasa á un palmo de nuestros ojos, puede parecernos un águila que cruza las lejanías. Un árbol, por pequeño que sea, se nos antoja siempre un leviatán de hojarasca. Así se explica, con otras causas, el terror que inspira la obscuridad casi absoluta en que no discernimos colores ni términos, sino sólo siluetas y formas sin relieve, como las visiones de Fra Angélico y Dominiquino. Un espíritu observador y sereno, goza sin embargo una porción de sensaciones intensas en esa penumbra que no podrían seguramente ser provocadas en pleno día y á la diáfana claridad del sol.

Enrique había bajado del tren correo, en Hontanera, cuando el sol declinaba. Cruzó breves palabras con el mocetón que le esperaba sujetando á un caballo fuerte y vigoroso de la rienda y, en seguida, con una agilidad que no se hubiera esperado de su cuerpo fino y nervioso, saltó sobre la silla. Luego sacó de la cartera el talón de equipaje y se lo entregó al asombrado gañán.

— Toma — le dijo. — Cuidarás de recoger la maleta y de buscar una caballería para ir con ella

mañana á Torreperda. Esta noche la pasas aquí. Yo voy á ver si consigo llegar á casa de día aún.

— ¿No quiere usted que le acompañe? — interrogó el labriego.

— ¿Cómo has de acompañarme si no has traído más que un caballo? La maleta es pesada y, además, viniendo tú á pie, tardaríamos en llegar al pueblo más de tres horas y son las seis.

— ¿Y si tuviera usted en el camino un mal encuentro?

— ¡Bah! — dijo flemáticamente Enrique. — Aquí sois todos muy buena gente y, además — prosiguió con tranquila sonrisa — tengo previsto el caso. Si alguien tuviera el capricho de detenerme...

— ¿Qué haría usted?

— Le colocaría bonitamente una bala en la cara — contestó el caballero.

El mozo comprendió que era capaz de hacerlo. Tienen las gentes del campo un buen golpe de vista para conocer, desde luego, si no las inteligencias, las energías. Un sabio, un filósofo, un hombre de ciencia puede perfectamente no ser reconocido, ni menos admirado en una muchedumbre de labriegos. Un hombre de voluntad enérgica no; porque para luchar con la naturaleza no es lo primero pensar, sino querer. Era Enrique un hombre de cuarenta y tres años, ágil, sereno, y bajo sus amarillos guantes de gamuza,

se adivinaba la musculosa mano acostumbrada á todos los deportes. Retorció su bigote rubio y sedoso, inclinóse para examinar los remos del animal y luego, saludando al labriego, hizo arrancar bruscamente al caballo, con una sola presión de sus piernas nerviosas. Para él parecían innecesarias las riendas, como buen jinete de la escuela francesa de Bossuet.

Era á caballo una gallarda y esbelta figura. Correctísimamente vestido á la inglesa, con su traje gris, sus polainas de cuero y su gorra flexible, cabalgaba al galope como pudiera hacerlo por la Casa de Campo, el Bosque de Bolonia ó Hyde Park. Era un hombre destinado verdaderamente á brillar en las grandes capitales y los aristocráticos círculos. Y, sin embargo, había algo en su fisonomía que no era agradable del todo y ese algo era un sello de frialdad y dureza que suele encontrarse en los hombres que no tienen hijos, siendo su compañera fecunda. Además, en su fruncimiento de cejas había algo sombrío, como el recuerdo penoso de un gran dolor ó de un gran delito.

Se contaban de él verdaderas extravagancias que pintaban su serenidad sorprendente y su carácter inflexible. Una vez se arrojó desde lo alto del puente de Londres por salvar á su *fox-terrier* que se ahogaba. Cuando lo consiguió, con grave riesgo de su propia vida, salió á la orilla y, regalando el animal al primer curioso que halló á su lado, le dijo con la serenidad más completa:

— *Take, Sir. He begins to grow old.* (Tómele usted. Principia á hacerse demasiado viejo).

Otra vez recibió al salir del Casino una bofetada. Retó al ofensor y éste negóse á acudir *al terreno*. Al cabo de tres años, cuando ya nadie se acordaba de tal suceso, se dijo que ambos habían pasado juntos tres días en un monte de la propiedad de Enrique. Cuando apareció su enemigo, llevaba en el cuello un horrible tatuaje; un infamante letrero que recordaba el lema de la casa italiana de Montresor: *Nemo me impune laccesit*.

Tal era el hombre que había dado su mano y su nombre á Octavia. Tal era el enemigo con quien tendría que habérselas César, si su prudencia ó su virtud no eran suficientes á sostenerle en el peligroso borde del abismo abierto á sus pies.

En menos de hora y media recorrió más de trece kilómetros. Y los recorrió sin perder su apostura, su aplomo sobre la silla, alzando á compás el cuerpo sobre los estribos, lo mismo que si se hubiera encontrado en Thiergarten ante una cohorte de Duquesas y Margraves. Entonces fué cuando se hizo de noche y cuando Enrique, sintiendo sed, descendió del caballo para aplacarla en una fuente cercana al camino.

Estaba la fuente en una especie de cueva, á la cual había que descender por una angosta escalera de granito. Ató el viajero el caballo á un árbol por la rienda, bajó al manantial, sacó del bolsillo

un vaso de cuero y aplacó su sed con verdadera delicia.

Al inclinarse le pareció ver algo escrito en la pared. La curiosidad le punzó y encendió un fósforo. En seguida pudo ver en la piedra trazadas con lápiz estas palabras:

Wie wird das euden, Octavia! (¡En qué terminará todo esto, Octavia!)

Apagó Enrique la luz, quedó un momento pensativo y luego dijo lacónica y fríamente:

— ¡Hola, hola!

Estaba en plena obscuridad; solamente arriba, en la entrada de la cueva, se dibujaba un semicírculo de claridad confusa. El agua seguía cayendo y su sonido cristalino y monótono parecía un leve susurro, como misteriosa conversación de viejas devotas.

Permaneció inmóvil. ¿Qué quería decir aquella inscripción? El hecho de haberse escrito en alemán revelaba en su autor una cultura poco común en semejantes parajes. El nombre de Octavia no podía ser allí muy vulgar. Se trataba indudablemente de ella, de su mujer. Pero quien así expresaba sus dudas ¿estaba ó no con ella de acuerdo? Entonces hizo un examen rapidísimo del carácter de Octavia, de sus costumbres, de su comportamiento y nada encontró de reprochable. Sin embargo, aquella pregunta: *¿en qué acabará esto?* implicaba un comienzo de algo y ese algo era lo que había que averiguar.

Enrique solo tenía una pasión: el orgullo. La idea de que su nombre pudiera ser objeto de menosprecio, le hizo estremecer.

— ¡Bah! — dijo por fin. — Pronto saldré de dudas.

Y quiso salir. Pero el ruido del agua le detenía. Parecía que alguien cuchicheaba en voz baja, y en aquel cuchicheo creía encontrar burlas sangrientas, feroces mordeduras, risas apagadas que cubrían su nombre de oprobio.

Y aplicó el oído. Le aplicó como si quisiera entender aquel misterioso lenguaje, descifrar aquel blando susurro que vertía su linfa en el recipiente, como vierte el calumniador su hiel en el oído.

— ¿Será culpable Octavia? — se decía.

Y el agua con su leve susurro parecía contestarle quedo, muy quedo:

— ¡Chiss, chiss, sí es, sí es!

La noche había cerrado por completo. Afuera se sentía piafar al caballo y golpear el suelo con sus cascos. Enrique pareció despertar de un sueño.

— Adelante — se dijo.

Salió y desató al alazán. Pero, como si el ansia misma de llegar le robara energías, en vez de montar á caballo, comenzó á caminar á pie, sujetando al animal de la rienda.

La noche era oscura en aquellos parajes sombreados por ejércitos de árboles gigantescos y espesos matorrales. Le pareció oír á su lado rumor

de hojarasca. Se detuvo é, instintivamente, echó mano al cinto.

— ¿Habré hecho mal en venir solo? — se preguntó por primera vez.

Continuó su camino y volvió á escucharse un ruido extraño en la fronda. Había alguien allí y alguien que se ocultaba.

Sacó del cinto un bruñido revólver y se detuvo.

— ¿Quién va? — dijo en voz alta.

Nadie le contestó. Pero volvió á sentirse ruido en los ramajes.

— ¡A caballo! — se dijo Enrique.

Pero al ir á montar sonó un nuevo ruido que le llenó de espanto, á él, tan firme, tan frío, tan valeroso en los trances más difíciles. Al oírle, bajó el pie que había colocado en el estribo y quedó sudoroso y paralizado, sintiendo correr por su espalda un frío glacial.

Era un canto monótono, triste, misterioso. Dos notas isócronas repetidas en tono fatídico:

— ¡Uh, uh!

Parecía el canto del autillo, pero salía sin duda de una garganta humana. Con breves intervalos, atravesaba el espacio en las sombras.

Enrique quiso andar y no pudo. Libre el caballo, comenzó á vagar por las cercanías.

Otra vez el canto sonó, más cerca, más lastimero, más triste. Y otra vez el viajero quedó aterrizado al oírle.

Mas de pronto, un bulto con forma de mujer, salió de la espesura, acercóse á la espalda de Enrique y, sin darle tiempo para volverse, descargó sobre ella su brazo con un golpe brutal.

Desplomóse Enrique. La sombra volvió á internarse en los matorrales y el canto misterioso repitióse á lo lejos.

■■■■■■■■■■